

Los procedimientos de expresión poética en Luis Rosales

Claves para una lectura total

Introducción y delimitación del tema

Desde mi primera lectura de *La casa encendida*, siempre me he preguntado cuál es el misterioso motivo por el que todos los libros de Luis Rosales suenan de manera tan inconfundible a eso, a Luis Rosales. Pero el motivo no parece, a fin de cuentas, tan misterioso. Se trata nada más que del «tono», esa especie de magia personal y difícilísima que con tanto ahínco buscan los jóvenes aprendices de poeta. El problema es que el «tono» no es algo unitario ni definible de manera abstracta, es más bien un conjunto de cosas relativamente extenso, dentro del que caben los conceptos más dispares. Pues bien, Luis Rosales posee, sin lugar a dudas, una de las voces más personales e inconfundibles dentro del panorama de la lírica española contemporánea. Sin embargo, hacer esta afirmación no parece excesivamente complicado para cualquiera que haya leído la totalidad de su obra con un mínimo de atención. Lo verdaderamente provechoso sería explicar más o menos de una forma científica (menos que más) por qué el poeta suena así. Se trataría de descubrir cuáles son los recursos retóricos (que, como en todo gran escritor, son poco visibles) con los que construye ese tono propio, los procedimientos que, subyacentes en cada verso, nos hacen distinguir su voz y deleitarnos con ella. Esto es pues lo que vamos a intentar en las siguientes páginas, un estudio (forzosamente resumido, por razones de espacio)¹ de varios de los medios técnicos que Rosales emplea en su sistema de construcción poética. Haremos aquí referencia a aquellos que nos parezcan más importantes y reiterativos, dejan-

¹ Este pequeño ensayo forma parte de un libro, aún inédito, que se ocupará, por extenso, de la totalidad de la obra poética de Rosales, incluyendo aspectos temáticos y biográficos.

[Al publicar el presente estudio, Cuadernos Hispanoamericanos se complace en anunciar a sus lectores la próxima aparición de los volúmenes I y II de las Obras Completas de Luis Rosales, que en cinco tomos publica la Editorial Trotta, Madrid].

do de lado, por esta vez, el análisis temático de su obra (que también es un factor decisivo en esta poesía como luego veremos brevemente) para ceñirnos, en lo posible, a las cuestiones propias del andamiaje literario, del oficio de escribir, como el propio autor gusta de llamarlo².

Nivel léxico particularidades sintácticas, semánticas y morfológicas

Una de las primeras cosas que nos inducen a asegurar que nos hallamos ante un texto de Rosales es el léxico utilizado, las diferentes combinaciones, casi siempre sorprendidas, que realiza con las palabras y los diferentes niveles o registros lingüísticos que emplea. Así, le pertenecen vocablos como «cegar; desandar; desvivir; desnacer; reidora; vegetal; sonámbulo; estatura (en numerosas ocasiones como apoyatura metafórica); ardentía; sucesiva; silabeante; tramitarse; obradoras; etc.» Se trata de palabras que recorren la totalidad de su obra adquiriendo connotaciones propias. Y quizá éste sea uno de sus mayores logros, la construcción de un mundo distinto y propio, absolutamente personal y a la vez universal y participativo. La habilidad a la hora de tender una mano al lector y adentrarlo en su universo. Enseñarle a olvidar las connotaciones personales que para él puede tener una determinada palabra para hacerle asumir las suyas propias dentro de su obra. La palabra «nieve» nos evoca antes el paso del tiempo que la sensación de frío (aunque sin descartar la segunda), por ejemplo. Otra de sus características es la combinación inesperada y, en algunos casos, incorrecta gramaticalmente, de las palabras, al igual en el terreno semántico como en la función que desempeñan dentro de la oración: «hombros sonreídos»; «corazón festejado»; «recuerdo tristeado»; ejemplos en los que donde se esperaba un adjetivo aparece un participio forzado. «Respetuosa y tristemente»; «la cabeza cayéndole también huérfanamente»; «solteramente siendo araña»; construcciones en las que un adjetivo transforma en adverbio (y esta será una de sus características más definitivas), dejando aparte el hipérbaton o desorden sintáctico, así como el surrealismo semántico, que adornan el último verso citado. «Las compañeras no jugaban apenas, / no conocían su oficio / porque se tramitaban en latín durante todo el día»; donde se produce una desadecuación entre el verbo y a quien se le atribuye su acción, ya que una persona difícilmente puede tramitarse. «Y todo allí diciéndose y lloviendo...»; verso en el que, a un verbo que pide sujeto animado le acompaña uno inanimado. «Y a la hora de acostarse, / se lloraban durmiendo, / se lloraban las unas

² Poesía Reunida 1979-82. Seix Barral, 1983, Madrid. Diario de una resurrección, «Sobre el oficio de escribir». pág 125.

a las otras»; donde un verbo no reflexivo (llorar) se convierte en reflexivo y recíproco (las unas a las otras), además del cambio de orden verbal, ya que lo correcto sería «se dormían llorando». O las expresiones como «la encontré suficiente, hormiguita y bailable»; «con los ojos columpios»; «hablaba tan bajo y tan capítulo»; «aquella voz sin prisa entre endeleble y campanita»; casos en los que se utiliza un sustantivo en lugar de un adjetivo, un sustantivo que sustituye el acercamiento calificativo por una identificación analógica: no es que fuera pequeña, es que era «hormiguita». Podría pensarse en los moteos con que los niños se bautizan según las características de cada cual; a uno le llaman «gorila» porque es demasiado grande y algo bruto quizá, al otro «pato» por caminar con los pies separados. Algo parecido ocurre en «era tan buena, / tan ingenua de leche confiada»; o en «y las campanas iban, desde luego, haciéndose de juncia, / quemándose de azúcar», donde encontramos lo que podríamos llamar una imagen integral, una metáfora dentro de otra, ya que, en el interior de la sustitución que supone la imagen que aquí sería esperable, se sustituye de nuevo, sin detenerse en pasos intermedios, una posible comparación (tan ingenua como la leche confiada) o un adjetivo muy forzado (tan ingenua y láctea) por una identificación absoluta. El sujeto adquiere todas las características materiales que normalmente se atribuyen al elemento asumido. Recurso que dota de gran intensidad a la metáfora y de una visualidad desacostumbrada, debido al impacto sorpresivo que produce en el lector.

En cuanto a los niveles lingüísticos utilizados, Luis Rosales es, quizá junto a Neruda y Serrano Plaja, uno de los primeros introductores del habla coloquial y cotidiana en la poesía castellana del siglo XX. Parece pues antecedente directo de las formas de decir de autores como Gil de Biedma, Ángel González, José Agustín Goytisolo y un amplio sector de las generaciones últimas cuyos integrantes son, en su mayoría, convencidos defensores de la escritura como reflejo y ahondamiento del mundo circundante y del arte como transcripción estética de la emoción humana. Así, Rosales emplea, junto a la expresión culta³, el tono más descaradamente coloquial: «corrientes y molientes; supitipango; gurrumina; a la chita callando; hacerse pis; andar a la recancanilla; chitón; dormir como una morsa; turulato; etc», incluso aparecen «tacos»: «la saliva puta; hacer la puñeta», pero toco perfectamente integrado en el discurso poético. Y junto a esto, el lenguaje que llamaremos, para entendernos, *burocrático* y que englobaría el administrativo, judicial, económico, profesional específico, periodístico, jurídico, etc: «tramitar; transitorio; expedientadas; desahucio; cheque; bienes gananciales; absolución; sobreseimiento; subarriendo; sumariado; amortizable; inflación, etc, etc».

³ Designaremos, de ahora en adelante, los libros mencionados con más frecuencia mediante siglas, a saber: *Rimas* (RIM); *La casa encendida* (ENC); *El contenido del corazón* (COR); *Canciones* (CAN); *Como el corte hace sangre* (SAN); *Diario de una resurrección* (RES); *La almadraba* (ALM); *Un rostro en cada ola* (OLA); *Oigo el silencio universal del miedo* (SIL).

Pero tampoco podemos dejar de lado el considerable número de vocablos acuñados por el propio autor, bien sea a consecuencia de pura inventiva o como resultado de la deformación-fusión de otros: «madreamarado; ayerido; suay (que es casi una interjección y tiene valor onomatopéyico, evocador de la suavidad); masmorir; coñigramas; solihablando; blanquipalidamententristeciendo; tristear; turulativa», algunos de los cuales ciertamente aparecen en el diccionario, si bien están en desuso o han sido sustituidos por diferentes palabras.

Y, por otra parte, su afición por las que, a veces forzadas por él y otras no, acaban en (-ía), como «contaduría; arañaduría; ardentía; agregaduría; cesantía», que lo singularizan, ya que se reiteran a lo largo de su obra y son muy infrecuentes en otros autores. Y no falta, por último, una bellísima muestra de lenguaje infantil que alcanza su expresión más sorprendente en la postrera frase del poema en prosa «La fotografía» de *COR*, donde el pequeño Gerardo, tras varias conminaciones del fotógrafo encaminadas a conseguir que sonría, le pide a su hermano: «Dile al señor que yo es que aún no sé reír».

Esto por lo que afecta a las palabras y su ordenación dentro de la frase, más tarde nos ocuparemos de ellas como base de la estructura y desarrollo poemáticos.

El valor de la palabra como símbolo

La poesía de Luis Rosales es un mundo perfectamente acabado, pero es también un universo distinto y propio donde muchos de los elementos aparecen con un significado diferente al que normalmente se les atribuye. Se diría un gran proscenio en el que van apareciendo representados todos aquellos objetos y sentimientos que nos son tan familiares, con el pequeño matiz de que sus nombres no se corresponden ahora con las funciones habituales que estamos acostumbrados a atribuirles, es decir, están en desacuerdo con las connotaciones que nos provocan. Sólo después de una lectura morosa y meditada de esta obra poética, comprenderemos claramente que muchas palabras o expresiones tienen un valor simbólico dentro de ella, un simbolismo de carácter polisémico que funciona como código o clave imprescindible de comprensión en todo momento. Por lo tanto, un símbolo representa (en muchas ocasiones por medio de una asociación de carácter irracional, aunque facilitando siempre un respiradero, un indicio que ayude a la identificación del objeto o sensación representada) un símbolo representa, como decíamos, varias cosas diferentes y alternativas: la nieve encarnando el tiempo que se acumula y ciega las entra-